

Sentó plaza de galopín á bordo de uno de tantos vapores que viajan por nuestro río. Para picar recaudo, lavar vasijas, espumar caldos y sazonar guisotes estaba Manolo de perlas, como si la mismísima Maritornes en persona le hubiera instruído en tan delicados manejos, cuando sólo aprendió á darle el punto á los caramelos y el fuego manso á los merengues.

La vida á bordo era holgachona; sobre todo, en asuntos de comer y de beber, Manolo quedaba siempre harto; el regüeldo por aquí, la somnolencia por allá, decían bien á las claras que el huérfano satisfacía á sus anchas el hambre canina que siempre le devoraba.

Tenía Manolo más prebendas que un canónigo en ocasión que sucedió la desgracia de que se le quemara un asado, platillo exquisito que preparaba á un pasajero de calidad; el cocinero echó sapos y culebras por su boca sin costuras, y Manolo tuvo que tomar soleta apenas tocó tierra.

No se amilanó por ello, antes al contrario, fuese pian, piano á la casa de su antiguo amo, quien lo recibió con algunas reservas; pero sacó el galopín tanta elocuencia para hacer el relato de sus desgracias; puso tanto tino en la descripción de los pasajes más culminantes de su vida pasada, que Don Toño lo admitió de nuevo, no sin la promesa de que había de ser menos zoquete en eso de dar la vuelta.

Prometió Manolo la enmienda y sacar provecho, en todo y para todo, de las indicaciones de su amo.

Volvió el rapaz á vender dulces; todo el día andaba el pueblo de arriba abajo; sabía las casas donde compraban éste ó aquel dulce; se presentaba en otras á la hora de la comida; por la escuela municipal iba en momentos del recreo; allí vendía buen acopio para aquellos escolares que se desvivían por llevarse á la boca, bien un soplado merengue, bien un camote de Santa Clara, ó, por lo menos, un par de duros caramelos.

Anduvo no pocas semanas en este tráfico, con el cual estaba tan familiarizado, cuando ocurrió que por ponerse á jugar á la rayuela con otros arrapiezos de su edad (tenía á la sazón trece años muy cumplidos) dejó el cajón de dulces en la acera; embebecido en el juego, maldito el caso que hizo de su venta, con lo cual dió pié para que algunos bribones del corrillo, á todo evento, cogieran con demasía dulces para írselos á comer muy campechanamente al otro extremo de la acera; acabose el juego; el huérfano se puso á hacer el recuento; primero arrambló con toda la moneda que guardaba en el bolsillo del remendado pantalón; contó y recontó; en seguida pasó á los dulces, y como viera que faltaban algunos reales, se dió á todos los diablos; chilló, moqueó y enronqueció sin que nadie se apiadara de sus lamentaciones; recordó la amenaza de su amo; le vino á la mente la idea de perder el buen bocado, la para él blanda cama, los recortes de los caramelos y aquel gustillo de amargo y dulce de los pedazos de naranja cubierta de que tanto hacía regalo á espaldas de Don Toño.

Se puso el cajón en la cabeza; limpióse los ojos con el sucio pañuelo; menudeó el paso, y al llegar á la esquina, gritó con voz entera y sostenida que repercutía en toda la calle:

“¡Coompraaaan dulceeees!”

Y así, á grito por una esquina, á parada por la acera, llegó hasta el “Puente García,” tomó el camino real, río arriba, y á paso de carga marchó á todo lo largo, y de manos á boca dió con el ingenio de Santa Fe.

El Ingenio estaba en movimiento; los trabajadores iban y venían en sus tareas; allí vendió lo poco que le quedaba de los dulces; en la tienda se mandó servir “un refresco de palo mulato;” pedir trabajo en el Ingenio era exponerse á una repulsa; pues con sólo ver su traza y considerar su físico, se echaba de ver que no servía para nada, ni aún para acarrear leña. En la noche durmió debajo de los carros que se utilizan para conducir caña; al romper el alba, prosiguió su viaje hácia Cosamaloapan; caminó todo el día y comió algunas golosinas compradas en la tienda de Santa Fe.